

LA POLEMICA PELICULA JFK,



Todos mataron a Kennedy

Por Alberto Míguez

DURANTE las últimas semanas ha sido bastante difícil para cualquier español medianamente alfabetizado e interesado por lo que antes se llamaba «el séptimo arte» (por cierto ¿se sigue llamando así?) no ver la última obra del director norteamericano Oliver Stone sobre el asesinato de Kennedy. Yo me resistí mientras pude, pero finalmente no tuve más remedio que ceder. Nadie hablaba de otra cosa y casi todos lo hacían fascinados por el impacto cinematográfico de la cinta. Ignoro si el impacto estaba en el film o en la magnífica campaña de promoción que desde hace meses desarrolló su director por todo el mundo. El escándalo ha hecho más comercial el producto. Pero no lo ha mejorado.

Con todos los respetos para quienes salen entusiasmados tras casi tres horas de proyección, debo decir que «JFK» me pareció un aburrido y decepcionante tele-film de clase B, al que por cierto le sobran noventa minutos y que nada aporta, absolutamente nada, al siempre polémico y todavía «pendiente» caso Kennedy.

Stone es un director interesante, que tiene cierto dominio del oficio (digo «cierto» demasiado porque los trucos son demasiado evidentes) y que suele apuntarse a causas irracionales o secretarias que los «liberales» americanos le aplauden. Claro que los «liberales» americanos tienen tanto de liberales como yo de fraile. Su film sobre el Vietnam era un disparate, el titulado «Salvador» sobre la guerra civil en el país centroamericano constituía una prueba adicional de ignorancia palmaria y de maniqueísmo primitivo.

«JFK» comparte e incluso mejora todas estas virtudes. Y lo que es peor, resulta tremendamente aburrido.

Las investigaciones de Jim Garrison, el fiscal de Nueva Orleans que dijo haber descubierto a los verdaderos autores del magnicidio, tienen veinte años de antigüedad y ha sido demostrado hasta la saciedad que constituían pura y simplemente un fraude. Los demás descubrimientos que entusiasman a los devotos de Stone (la «bala bailarina», los «tiradores cruzados», etc.) han sido evocados

en los mil y un estudios posteriores a 1969 —cuando se cerró el «caso Garrison» que intentó convertirse en el «caso Kennedy» por éxito— sin que aportasen, por cierto, nada a la clave del suceso; ¿hubo o no conspiración para asesinar a Kennedy?

Todo el mundo coincide —aunque las pruebas en contra sean, sinceramente, escasas— que el llamado «Informe Warren» sobre el crimen de Dallas tenía aspectos polémicos e incluso alguna equivocación de bulto. Pero nadie ha podido hasta ahora ofrecer con cierto grado de credibilidad una explicación más razonable que dicho «Informe». Se habló de la CIA, del FBI, de los cubanos exiliados, de la Mafia, de los petroleros, del complejo militar-industrial, de la extrema derecha como responsables, financiadores e investigadores del asesinato. Sin embargo, hasta el momento nadie psíquicamente responsable había tenido la ocurrencia de culpar a todos juntos y añadir al «puzzle» los nombres de Lindon B. Johnson y Nixon, como hace Stone en su última obra. Cualquier persona

con dos dedos de frente sabe muy bien que poner de acuerdo a tan heteróclita concurrencia para ejecutar un acto que exigía, desde luego, alguna organización pero no tanta, es una tarea de titanes. Stone cree, sin embargo, en que la historia —toda la historia, no sólo la de Kennedy— es el resultado de una oscura conspiración donde intervienen poderosos personajes encastillados en sus palacios que dirigen y controlan la trama. Eso mismo creían, por ejemplo en España, el almirante Carrero Blanco, el «historiador» Mauricio Karavilla o el propio general Franco: todos nuestros males eran el resultado de una conspiración comunista, judaica y masónica.

Stone comparte con tan ilustres personajes locales idénticas obsesiones aunque los responsables varían y los medios utilizados, también. Pero, sobre todo, los objetivos son distintos: el director norteamericano ha rentabilizado sabiamente la teoría conspirativa de la historia y su cuenta de resultados, en dólares, es muy satisfactoria. Eso explica, sobre todo, el disparate. ■



Crónica de una duda

Por Miguel Angel Gozalo

QUÉ está ocurriendo para que una película larga, que recrea un acontecimiento conocido y no aporta nuevos datos en torno al asesinato del presidente John Fitzgerald Kennedy, tenga el éxito de público que está logrando «JFK», el polémico film de Oliver Stone? A mi modo de ver, concurren varias circunstancias para hacer rebrotar el interés por esta página no aclarada de la historia de nuestro tiempo.

En primer lugar, Kennedy sigue siendo un nombre lleno de atractivo, evocador de un momento mágico, en el que parecía que las cosas podían ir, ya para siempre, de otra manera. Después, Stone ha sabido hilvanar un guión vigoroso, en el que la serie de sospechosas casualidades que rodearon el magnicidio de Dallas acaban dibujando un paisaje del que se desprende una única convicción, que no por sabida pierde fuerza: la «Comisión Warren» se equivocó al dar por bueno que en el asesinato participó una única persona, Lee Harvey Oswald. Y, por último, la película divide el

mundo, como siempre en la épica, en buenos y malos: el fiscal Garrison, en cuyos libros se basa la historia narrada, está sólo ante el peligro que representan el complejo político-militar norteamericano, la CIA, los industriales armamentistas, la mafia, los anti-castristas, el FBI y cuantos componen el retablo no aclarado de sospechosos.

Lo que quizá es un dudoso procedimiento para el esclarecimiento de la Historia es un legítimo recurso cinematográfico. Garrison, el fiscal de Nueva Orleans, pierde la partida, como le ocurrió hace dos décadas en la realidad. Carece de pruebas firmes, se guía por intuiciones y coincidencias y se apoya en poco más que en dudas, pero consigue que el espectador de esta película —soberbiamente interpretada, por otra parte, y con la calidad narrativa y de imágenes que se le supone el autor de «Nacido el 4 de julio»— se crea esta crónica de una denuncia en torno a un enigma. Su mensaje es simple: cuidado, que esto pasa en este mundo en que vivimos. El pasado es el

prólogo, dice a modo de moraleja final: puede seguir pasando. A los hermanos Kennedy y a Martin Luther King los mataron los mismos, que ahí siguen. No hay que callar.

Y para que comprendamos desde el primer instante de la proyección que esto es lo que quiere decir, pone una cita antes de empezar a mostrarnos el rostro preocupado del actor Kevin Kostner, que interpreta a Garrison, en la que se lee: «Pecar de silencio cuando deberían protestar convierte a los hombres en cobardes».

¿Qué queda después de este mensaje elaborado a base de brochazos? Testimonios inequívocos ya en su momento —la película rodada por Abraham Zapruder, que fue manipulada por el FBI para que no se apreciase que hubo más de un tirador; la declaración de un testigo que vio al mafioso Ruby, el hombre que después eliminó a Oswald, conduciendo la mañana del crimen una camioneta de la que descendieron hombres armados con rifles— pero que no prueban definitivamente esa

gran conjura anti-Kennedy, que Stone atribuye al hecho de que el presidente quería retirarse de Vietnam.

Ello no obstante, la película tiene el aroma de lo auténtico, de lo que se dice con convicción y sin miedo. Es lógico que en los Estados Unidos, que ya desde que Warren se enfrentó al caso han mostrado interés en olvidar el vergonzoso crimen, «JFK» haya tenido menos éxito que en otras partes del mundo. Pero la fuerza denunciadora de la cinta es indudable. Cuando se encienden las luces de la sala, tras tres horas de tensión contenida, los espectadores más jóvenes recuperan algo de la memoria perdida por un mundo en el que algunos líderes a veces caen asesinados. Kennedy, prescindiendo de su dimensión política, en la que hay más luces que sombras, fue, sobre todo, una esperanza quebrada abruptamente por las fuerzas del mal. Oliver Stone no ha querido que esa memoria quede sepultada entre las dudas, lo mata a quien lo matara, muchos o pocos, y aunque el culpable último siga sin aparecer. ■